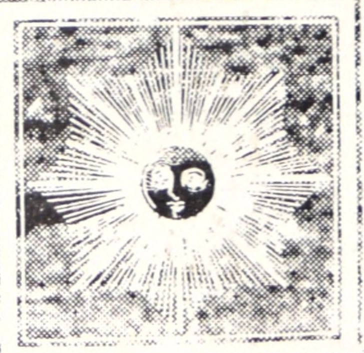
LA GARRA CELESTE

Franklin Morales

ENCICLOPEDIA





URUGUAYA

La garra Celeste

Franklin Morales



Partido final del Campeonato Mundial de 1930. El 4º gol convertido por Héctor Castro.

Introducción

El fútbol es el manifiesto de los pobres, la orgullosa tarjeta de presentación del marginado europeo, arrojado a estas playas a la búsqueda de su sitio bajo el sol, del negro jocundo y del criollo, corrido del campo por el régimen económico y detenido, como aquéllos, en el cinturón de Montevideo. El fútbol tiene el bandoneón del gringo, la mota del negro y el chiripá del gaucho en sus raíces. Es la mayor síntesis del ingenio de ese mundo anónimo que circunda la ciudad.

Como expresión de esa masa, el "hombre culto" le cargó todos los pecados y lo expulsó como al chivo de los hebreos, tornándolo extranjero en el propio suelo de su realidad. Para él pobreza y degradación son caras de la misma moneda y el fútbol es producto de ambas cosas. La subestimación aristocratizante de quienes devanean sobre la influencia de Musset en el romanticismo francés e ignoran, subestiman o desprecian ese resultado comunitario de un sector de nuestra sociedad, es la causa de tantas y tan hondas deformaciones como ha sufrido a través del tiempo. Entre ellas el mistificador culto a "la garra celeste".

Es desconsolador y reconfortante a la vez saltar el aro de fuego de convenciones, lugares comunes y prejuicios, para del otro lado sostener lo que los tercos hechos demuestran. Nosotros también hubiéramos querido demostrar que bastaba nacer al oriente del río Uruguay y ponerse la camiseta celeste para ser, como Marte, robusto, implacable y a veces feroz. Pero, becados por ese vacío racional, hace mucho que los fariseos de siempre han hecho del fútbol sucia bandera para sus apetencias. Es necesaria su denuncia.



Uruguay, primer campeón de América, 1917. Parados, de izq. a der.: Pacheco, Vanzzino, Saporiti, Gregorio Rodríguez, Manuel Varela, Foglino, José Pérez, Héctor Scarone, Angel Romano, Carlos Scarone y Somma.

Estamos lejos de ejercitar la gimnasia del descrédito hacia el futbolista nuestro, tan representativo de un estilo de vida y, a su manera, ilustre propagandista de aquel ingenio que florece en las capas populares de la población. Un compromiso pasional por el rescate de nuestra más auténtica expresión de pueblo, nos obliga a arremeter contra sábanas mitológicas que cuelgan desde hace años y se agitan de tanto en tanto para una aviesa confusión. En esa confusión la primera víctima es el propio jugador de fútbol, afrentosamente obligado a representar una comedia. La segunda, toda la estructura del fútbol. Es imprescindible delinear esta interesada confusión en torno a la "garra celeste" porque sólo la exposición racional, objetiva de los hechos, contribuirá a que los autores de este "manifiesto" puedan hallar los medios para actualizarlo. Afortunadamente, la inagotable sabiduría popular atiza las brasas que fraguan los maravillosos futbolistas del país y el fútbol; en medio de sus convulsiones, sigue allí, enhiesto, vivo, poderosamente vigente.

El desprecio del "hombre culto" ha hecho que, como los cartógrafos de la Edad Media con el mundo conocido de entonces, todo lo que tiene que ver con ese deporte más allá de los goles, pertenezca a la zona "de los terrones". Abismos y dragones de la ignorancia parecen acechar a quién se asome a espiar su trasfondo. De vez en cuando alguna identificación del fútbol "con el país", sin más profundidad que su enunciado, agota concienzudamente toda capacidad de reflexión sobre el tema.

Con la misma feliz ignorancia con que antaño se gozaba de la prodigiosa disposición de pasturas, terneros y corderos para crecer y multiplicarse, se asistió a la también prodigiosa facilidad con que los futbolistas de este país se las ingeniaban para amontonar goles en el arco de enfrente. Todo fue tan fácil que cómodamente se creyó en un plan celestial. Un par de eternas disposiciones bendijeron esta tierra. Por un lado la gracia de estar por encima de sobresaltos económicos, apenas insinuados por epizootias y sequías. Por otro, para que nada nos faltara, el don del alimento espiritual, más preciado aún, de sentarnos felices a observar cómo los hijos de esta comarca eran capaces de ridiculizar a los hijos de comarcas vecinas mediante mágicos pases de taquito, mondonguillo o empeine. Con la misma incapacidad de reflexión, con la misma pereza mental —hija de toda una filosofía nacional de la facilidad— aceptamos que una y otra cosa eran privilegios del cielo. En verdad, así lo parecieron. Nuestro oráculo contenía una fórmula infalible para cada cosa: esperar la primavera con sus pariciones y acudir al talismán de la camiseta celeste.

Montevideo es el Uruguay



Una cuna del fútbol: conventillos e inmigrantes.

Desbrozando el camino comencemos por establecer que el mentado "fútbol uruguayo" fue tan sólo montevideano. Uruguayo sólo en la proporción en que se acepte a Montevideo como medida del país entero. También el fútbol nació y creció sintiendo que al fin y al cabo aquí estaba y había estado siempre el destino de la comunidad nacional. Y que su hado de ciudad-embudo se cumplía inexorablemente con el fútbol. Aquí residían los fantásticos jugadores, los magníficos dirigentes, las famosas canchas, las célebres instituciones. Entre los palos de sus arcos se hacían los goles por decenios recordados.

De la misma manera, exactamente de la misma manera, que aquí residían los dirigentes políticos, el gobierno, los exponentes de la ciencia, las artes, la oratoria y el periodismo, que aquí se resolvía la obra pública, el ascenso de los funcionarios, se discutían y aprobaban las leyes nacionales. Ese centralismo futbolístico es consecuencia de la aglomeración humana que factores entrecruzados arrojaron a esta ciudad, símbolo del destino deformado del país. Nació en el único sitio donde podía hacerlo desde que se trata de una típica manifestación urbana. El interior vacío, con su desnuda miseria, está en su simiente, y mirándolo desde esa ineludible perspectiva, entonces sí, el fútbol uruguayo es honda, penosamente uruguayo.

Definirlo como un fenómeno surgido en Montevideo, ubicar su nacimiento, es una primera toma de posición frente a las deformaciones corrientes: hay toda una teoría "cosmogónica" que en un sentido atribuye al fútbol poco menos que la "creación" del país, de tal modo que frecuentemente aparece legándole sus caracteres. Para esa "cosmogonía" el fútbol no expresa ninguna realidad social, sino que exhibe atributos independientes que en todo caso el Uruguay deberá mirar con envidia.

Como si se tratara de un clavel del aire, la raza de los futbolistas hunde sus raíces en la nada, pertenece a una estirpe mitológica que, desencajada de la realidad circundante, sustraída de las peripecias o felicidades diarias, etérea, tangible sólo en las canchas, reúne a los elegidos para hacernos felices mediante la dicha de conquistar más goles que el adversario. A esta deformación han contribuido muchas cosas, pero ninguna como "la garra celeste", diosa de la risa, de las aflicciones, de la amistad, de las discordias internacionales, de la fatiga, de los dolores, de los litigios domésticos, de las injusticias, de la esperanza, de la fama, de la victoria, del honor nacional, del orgullo y la felicidad.

La concentración demográfica del país en Montevideo es tan antigua como la ciudad misma. No se puede explicar por la Revolución Industrial que hace ciento cincuenta años desató un gigantesco trasiego de campesinos a los centros urbanos del mundo. Tampoco por el predominio de alguna industria alrededor de la cual se montara una ciudad. Montevideo se fundó por razones de estrategia militar, luego se convirtió en puerto y la economía del país giró en torno a la exportación de materia prima: ese comercio le otorgó inicialmente la importancia que tiene. Pero además le imprimió un sello que terminó en condena: mirará siempre hacia el Atlántico, estirando ansiosamente el pescuezo para alborozarse avistando los barcos que llegan. No fue el fruto maduro del proceso de crecimiento de un país agropecuario al que daba la espalda. Fue una imposición externa, consecuencia de la penetración extraña de factores militares, comerciales y económicos. De ahí que haya vivido copiando figurines europeos, ávidamente distraídos en el espectáculo del mundo. Europa fue siempre su paradigma. Por el puerto llegó el fútbol con el sello "distinguido" de su ascendencia extranjera. Y como medio de la empresa ferroviaria de aliviar tensiones: jueguen al fútbol, no organicen sindicatos. Además de esa "imposición", y a otro nivel, en sus primeros años contó con dos aliados impensados para su difusión. La paciente historia demuestra que a la llegada de nuevas formas deportivas a un país —invariablemente en el caballo del colonizador— son las clases altas quienes se apoderan de ellas. Inmediatamente, un obsecuente deseo de emulación con el conquistador, más ese "prestigio" de extranjero imprescindible para interesar a la "jeunesse dorée", se anudaron para que el fútbol diera sus primeros, enclenques pasos. Los cerrados círculos universitarios de entonces engendrarían al Club Nacional de Football.



La academia "celeste": baldíos y empedrados de los barrios montevideanos (Reducto y Capurro en 1905).

El asalto de los humildes

Pero coincidentemente, ya en el Montevideo finisecular soplaban nuevos vientos: el alud de inmigrantes extranjeros y campesinos desplazados por nuevas formas económicas que nacieron con el alambrado, barrería definitivamente la "belle époque" montevideana. La ciudad trocaba su rostro. Decenas de miles de caras nuevas harían tambalear irrevocablemente la antigua semblanza. Enfrentada a nuevas formas de vida, el fútbol ofrecía a esa masa desvalida dos posibilidades: servir como seductora diversión para los interminables ocios diarios, o acrecentar el desarrollo muscular, perspectiva no desdeñable. Los jóvenes que observaban las extrañas corridas de "los ingleses locos" detrás de la pelota, también corrieron en pos de ella sólo que con otra urgencia: la del empleo del tiempo libre, pavoroso problema urbano. La organización social del Montevideo de entonces no ofrecía mayores posibilidades de esparcimiento colectivo. O seleccionaba cuidadosamente sus posibles vías con la tarifa de las entradas.

No faltaron naturalmente quienes adelantaron los beneficios del ejercicio físico para el desarrollo corporal. Entre ellos el positivismo de José Pedro Varela y su acción en el campo cultural, de neto corte spenceriano (Spencer fue un abanderado de la práctica de los deportes frente a la insulsa gimnasia) y el premonitorio discurso-exhortación del rector Alfredo Vázquez Acevedo en 1893, donde vaticinó que el fútbol desplazaría "al antiguo método de la gimnasia" y se convertiría en el medio por el cual se demostraría "que la raza latina puede en un futuro parangonarse con la raza sajona, que hoy por hoy, es más poderosa que la nuestra".

Patrimonio de esos oscuros jóvenes de las barriadas, representados políticamente por el ascenso de Batlle, el fútbol descendería de clase social para reflejar fielmente todo un estilo de vida. La "jeunesse dorée", acosada abandonaría su práctica de inmediato, en busca de nuevos cotos privados que en el terreno deportivo le ofrecían actividades caras: el tenis y las regatas por ejemplo. Al fútbol jugaba cualquiera, bastaba una media rellena de trapo o papel.

Fue en las calles de extramuros de Montevideo donde "la celeste" bebió la ambrosía. Todo proceso de germinación se cumple a oscuras y éste se definió en el "diálogo cultural" desatado por oleadas de inmigrantes en su con-

tacto con el criollo y el negro, a través de esa forzada promiscuidad que Daniel Vidart ha estudiado con brillo y amor. Esa promiscuidad germinó la tallarinada, el bandoneón, el sainete, la "canzonetta", el tango y el corte, el paso atrás, el ocho, la cepillada, la medialuna, la corrida, el fútbol y la cuchara, la chiquita, el taquito, el fuelle, la tijera, el mondonguillo, la cachetada, la jopeada, la canaleta. El fútbol es el producto comunitario de ese ambiente. Tiene la misma raíz del tango. Tiene el bandoneón del gringo, la mota del negro y el chiripá del criollo en su médula. Es por eso conservador, lento, a veces nostálgico, a veces alegre, siempre corajudo.

Si la clase alta asumió una actitud de desprecio hacia el "gringo" —excluyendo las reverenciadas élites inglesas y francesas, nobles depositarias de toda la civilización— a otro nivel social, en la época que el fútbol pasó a sus manos, las tensiones entre las dos formas de vida estaba amortiguada y se encaminada a su completa integración.

En ese proceso, la calle simultáneamente cancha de fútbol, —escenario de los primeros encuentros, de los iniciales saludos furtivos, de los ratos para "charlar", de la cita amorosa— jugó su parte. En la esquina y "la puerta" fue agrietándose la resistencia a la hibridación con que el criollo recibió a aquellos tenaces buscadores de fortuna. La rivalidad no tenía sentido porque eran víctimas de los mismos enemigos, masticaban las mismas decepciones. Es un lugar común hablar del "fútbol en la calle", añorar su desaparición y atribuirle responsabilidad en la decadencia técnica. Pero más importante sería conceder a esa escuela de los humildes, el sitio que tiene ganado entre nosotros como medio integrador de formas de vida, subsidiariamente teatro natural donde fue redactándose esta suerte de "manifiesto de la pobreza", a través de una simple pelota, deleite común para un ocio compartido.



Isabelino Gradín, "palpitante y jubiloso".

Con el inmigrante y el criollo vivía el negro. El yugo esclavista, roto después de la Guerra Grande sin fuego, sin sangre, sin oposiciones mayores dejó superviviente un sentimiento de superioridad del hombre blanco, pero sobre todo correspondía a las clases altas, beneficiarias de su explotación.

Así, inmigrantes, criollos y negros marginados, sin más pecados que su pobreza, arrinconados en los cordones de Montevideo, en la síntesis dialéctica de su ingenio, harían del fútbol una expresión de rasgos fácilmente individualizables en cualquier sitio del mundo. Tomarían el pase largo, la violencia, el choque y el pechazo, de los ingleses, el pase corto de los escoceses, las despojarían de todo mecanismo y las pondría al servicio de un poder de creación exultante que por entonces construía la Arcadia de la América del Sur.

El deporte se tornó así en la revancha de esa masa anónima, más grande y más sentida en la gigantesca medida de su atracción universal. "De ninguna casa de ricos salió un crack", gustan aún hoy sentenciar, con el peso inexorable de los hechos, los grandes jugadores de la hora.

El fútbol uruguayo —uruguayo en la amarga acepción que establecimos— hunde tanto sus raíces en la sociedad aunque se pretenda no verlo así que esa presencia de negros constituye otro hecho ilevantable. Al nivel en que floreció el negro era uno más. De ahí a formar en los equipos hubo un paso corto. Ya en el Primer Campeonato Sudamericano no oficial, jugado en 1916 en Buenos Aires para celebrar el centenario de la independencia argentina, Uruguay alineó a Juan Delgado e Isabelino Gradín. Del país profético de las primeras décadas el fútbol extraía sus elementos para asombro de América: Chile se quejó de que los celestes habían utilizado dos africanos.

Esa solidez social se destaca particularmente si comparamos la situación con la de nuestros vecinos brasileños. Mario Filho, con rabia y cariño a la vez, ha desentrañado la persecución del negro en el fútbol de su país en un libro antológico. Recién en 1958 con un negro, Pelé, y un mestizo, Garrincha, Brasil llegó al primer sitio mundial y abrió a medias las puertas de su integración racial. En plena Segunda Guerra, la Confederación Brasileña de Deportes, con Rivadavia Correa Meyer en la presidencia, desencadenó la "arianización" del fútbol. Pero sólo cuando se asentó en sus reales bases étnicas consiguió triunfar, aunque el proceso no está terminado ni mucho menos: aún hay clubes que no los aceptan. El éxito de Pelé, además de su meta de mil goles, es inseparable de ese factor. Millones de personas esperan que después de su pasaje no se repita la situación del famoso Friendreich y de tantos otros, que cubrían su cara con una pasta de arroz.

Desde principios de siglo Uruguay, mientras tanto, particularizaba su fútbol a su imagen y semejanza social.

La intemperie social

Sobre todo en las dos primeras décadas, deporte y cultura mantenían entre nosotros puntos de contacto. Desarrollaban cierta afinidad en base a que no se había producido la gran escisión que hizo del fútbol una profesión, y como tal reclamó un hombre especializado sólo en lanzar corners con "pierna cambiada" o ejecutar tiros libres. Aún no integraba exactamente lo que Adorno llama "la industria de la diversión". El joven que jugaba admitía una dispersión beneficiosa de sus facultades. El hecho de no poder subsistir con lo que obtenía en las canchas —aunque la práctica honoraria no existió nunca en su forma pura— conducía a la formación de un hombre más abierto, más sensible a los problemas de la sociedad que integraba. Jugaba pero simultáneamente participaba del esfuerzo de la colectividad. No contemplaba el mundo desde la satisfecha altura en que generalmente lo hacen los profesionales de hoy, indiferentes, narcisistas, complacidos de sí. No se trata de un problema local: en 1957 la UNESCO realizó un estudio sin desperdicio sobre el tipo humano del profesional del deporte y descubrió un hombre similar en todos los países.

Aquella realidad de un fútbol no profesionalizado, coincidió con los días de un país agitado por el ascenso de la clase media y la lucha de las organizaciones sindicales, que se disputaban la adhesión de los grandes jugadores. Es aleccionante recurrir al testimonio contemporáneo. En setiembre de 1924 el príncipe Humberto de Saboya, heredero del trono italiano visitó Montevideo, y en su honor se organizó un partido entre uruguayos y argentinos del que no participó José Piendibene, el reverenciado "Maestro". La revista "Actualidades" contó así el episodio que salvó las convicciones republicanas del crack. "Piendibene republicano. El ídolo contra la monarquía. No es ésta, por cierto, la primera vez que el ídolo de nuestros campos de deporte, José Piendibene, nos permite apreciar nuevos aspectos de su rica personalidad. *Cuando se debatieron en nuestro medio problemas políticos de trascendencia, la adhesión del "Maestro" se conceptuó valiosa, no faltando quienes la procuraron por todos los medios. Pudo creerse también que en las ardientes luchas que provoca la política nacional, Piendibene podía ejercer su influencia por virtud de la cual vive y acciona una falange numerosa y tan grande*



1924. La celeste en Europa: llegada a Vigo.

de aficionados. Estamos ahora frente a un nuevo caso. La realización de un partido internacional en homenaje al príncipe Humberto, decidió a los dirigentes republicanos a mover todos los resortes para evitar que aquella competencia pudiera alcanzar el éxito que se pretendía.

Piendibene fue otra vez el punto de mira. El Maestro, que no comulga sino en el altar de los avancistas, más familiar a los republicanos que a los monárquicos, adhirió entusiastamente a la organización del boycot, decidiendo no concurrir a desempeñar su puesto, sin hacer empero, propaganda intensa ni delatar sus propósitos. Lo cierto es que su nombre no figuró entre los que rindieron homenaje a la hidalga figura del monarca italiano, quien, por su espíritu naturalmente analítico, dedujo que hasta en el desenvolvimiento sportivo de América se notaba la influencia de Italia. Y para hacer esta deducción, sin duda exacta, tuvo en cuenta los apellidos de los jugadores que esa tarde integraron los seleccionados rioplatenses. *Lo cierto es que quedó comprobado que el ídolo no aportó su concurso a un festival de homenaje a la monarquía, salvando con su ausencia su principismo republicano".*

No es necesario estar cerca de los futbolistas actuales para conocer cuánto ha cambiado su actitud; son por lo general ajenos a inquietudes extrañas a su profesión. Naturalmente no son culpables: el hombre-jugador es, como cualquier otro hombre, interrelación somática, psíquica y social. Los últimos factores no son los mismos de los años diez.

Aquel hombre común, sensibilizado en la enorme marmita bullente de la sociedad uruguaya de entonces, ese hombre común que llevó en sus hombros a Batlle hasta la presidencia, que lo sostuvo contra clérigos y "empresistas", ese hombre común privilegiado, heredero de la escuela vareliana y contemporáneo de la implantación de la jornada de ocho horas, del asueto semanal, de la limitación al trabajo del menor, de las indemnizaciones por accidentes de trabajo y despido, de las pensiones a la vejez, del descanso para la madre, de las jubilaciones para todos los trabajadores, del establecimiento de un salario mínimo, de la política de nacionalizaciones, de la abolición de la pena de muerte, de la ley de divorcio, de la creación de los monopolios estatales, de la separación de la iglesia del Estado, de la protección a la sindicalización, ese hombre común que creó un nuevo país, halló también los caminos (¡cómo no habría de hacerlo!) para convertir al deporte que recibió de Europa en otra expresión. El fútbol es producto de la misma intemperie social que alentó y sostuvo el gran ciclo del país. El mismo hombre que le erigió convirtió también en oro todo lo que tocó, y fue el mismo que hizo de la pelota primero una diversión y después una manifestación de una forma de ser, de sentir y de vivir. Ya veremos porqué.

No había milagro en "el fútbol del 12" ni en la generación olímpica: sólo no había contradicciones. Por entonces a nadie se le ocurría adjudicar al color mágico de las camisetas las hazañas de las canchas. Se ganaba por mejores, sólo por eso, nada más que por eso.



Los campeones olímpicos de 1924. Parados de izq. a der.: Nasazzi, Mazzali, Arispe, Vidal, Andrade, Ghierra. Hincados: Urdinarán, Scarone, Petrone, Cea, Romano y "Matucho" Fígoli.

Conservador, jocundo, corajudo

En sentido profundo el deporte es imitación de la vida: el estilo de nuestro fútbol reflejó, como fiel espejo, las aristas que componían el sector social en que se desarrolló.

En aquella integración social y racial hay que rastrear hondamente el sentido asociacionista que exhibieron nuestros grandes equipos. En esa integración, y en el gran esfuerzo colectivo que apuntaló el alumbramiento del Uruguay moderno. Nuestros equipos llegaron a moverse con tal perfección colectiva, con tanta facilidad para coordinar el esfuerzo de uno con el de los otros diez, que bien podían jugar con música. El futbolista desarrolló una maravillosa combinación de habilidad e instinto, una especie de supersentido que hizo del traslado de la pelota y del esquive, alardes de precisión y belleza. El esquive y el pase del jugador uruguayo crearon una trama de rara belleza, una sucesión de acciones fluyentes, hermosas. Fue ese el primer impacto que recibieron los entendidos europeos en 1924, cuando el núcleo comandado por José Nassazi se lanzó al asalto de las ciudadelas de la civilización.

No resistimos apartarnos del tema que desarrollábamos para detenernos brevemente en este episodio de la Olimpiada de Colombes. Casi con las mismas palabras de Sarmiento, el Comité Olímpico uruguayo negó la participación del fútbol: *los hijos de la barbarie no podían competir con los de la civilización.* Fue el empuje de aquellos anónimos que hicieron del fútbol su manifiesto, quienes —interpretados por Francisco Ghigliani, cercano colaborador de Batlle— consiguieron participar mediante la extrema medida de disolver el Comité Olímpico. Depositario desconocido y despreciado por la élite de las corrientes más sanas del país, el pueblo asumía —a través de su fiel expresión deportiva— el desafío a la posición colonialista tradicional de los salones europeizados de la burguesía. Si, como dice Zum Felde, *"la personalidad de un pueblo puede medirse por la posición en que a sí mismo se halla con respecto al mundo"*, el fútbol a su nivel mostró que no carecimos de soberanía. Que si otros sectores más influyentes guardan una distante, supeditada y menesterosa posición secundaria en la civilización occidental, ellos tenían fuerza para sacudir la inferioridad mental, más allá del resultado de los partidos, lo que decidían otros factores de todos modos no lejanos a aquella postura. Por entonces no pensábamos con la cabeza de los profesores europeos.

En parte el aire festivo, alegre del fútbol nuestro fue el aporte de la sangre negra. Los descendientes de benguelas y cabindas ejecutaron en las canchas el alucinante ritmo de los bailes de su radiante africanidad, sólo que cambiando las charreteras doradas, las casacas con galones, los pantalones blancos y las fajas punzó, por pantalones, camisetas y zapatos de fútbol: otro traje de luces. Ese estilo de vida que el fútbol recogería para exhibir su veta jocunda, tuvo en José Leandro Andrade el paradigma, cuyo recuerdo permanece fresco en Europa: la "Enciclopedia del Fútbol" editada en 1962 en Ginebra lo define de este modo entre los mejores jugadores del mundo: "un músico de un fútbol alegre. Largo y flexible como una liana. De una habilidad sorprendente, este atleta de piel negra atrajo todas las miradas cuando los Juegos Olímpicos de 1924 en París. Medio ofensivo maravilloso, finteador y dribleador excepcional, atacante neto y defensor ejemplar. Una atracción y un modelo".

Cualquier observador de la evolución de nuestro fútbol conviene en que los equipos adoptaron un tono inicialmente defensivo, asumieron una posición, basada en formidables defensas, de cuidar su terreno antes de aventurarse al de enfrente. Por años la situación se definió en una frase célebre dominan los argentinos, gol uruguayo. Esa actitud conservadora podría interpretarse como el legado espiritual del inmigrante. Su situación de extraño, estimuló su avaricia, una forma de levantar barreras que lo protegieran de ese sentimiento de desamparo. Sus hábitos de ahorro y privaciones y su laboriosidad paciente, legaron ese tono conservador que exhibieron los equipos celestes.

Pero de la mezcla de inmigrantes, negros y criollos el fútbol recogería de éstos últimos su esencia: el coraje. Además del sentido corporativo, del tono jocundo y conservador, un nuevo rasgo —el aportado por el elemento nativo— habría de impresionar al mundo deportivo y sería el origen del mito de "la garra celeste".



Llueve torrencialmente en el Montevideo que estalla ante la noticia del triunfo uruguayo en la olimpiada de 1928.

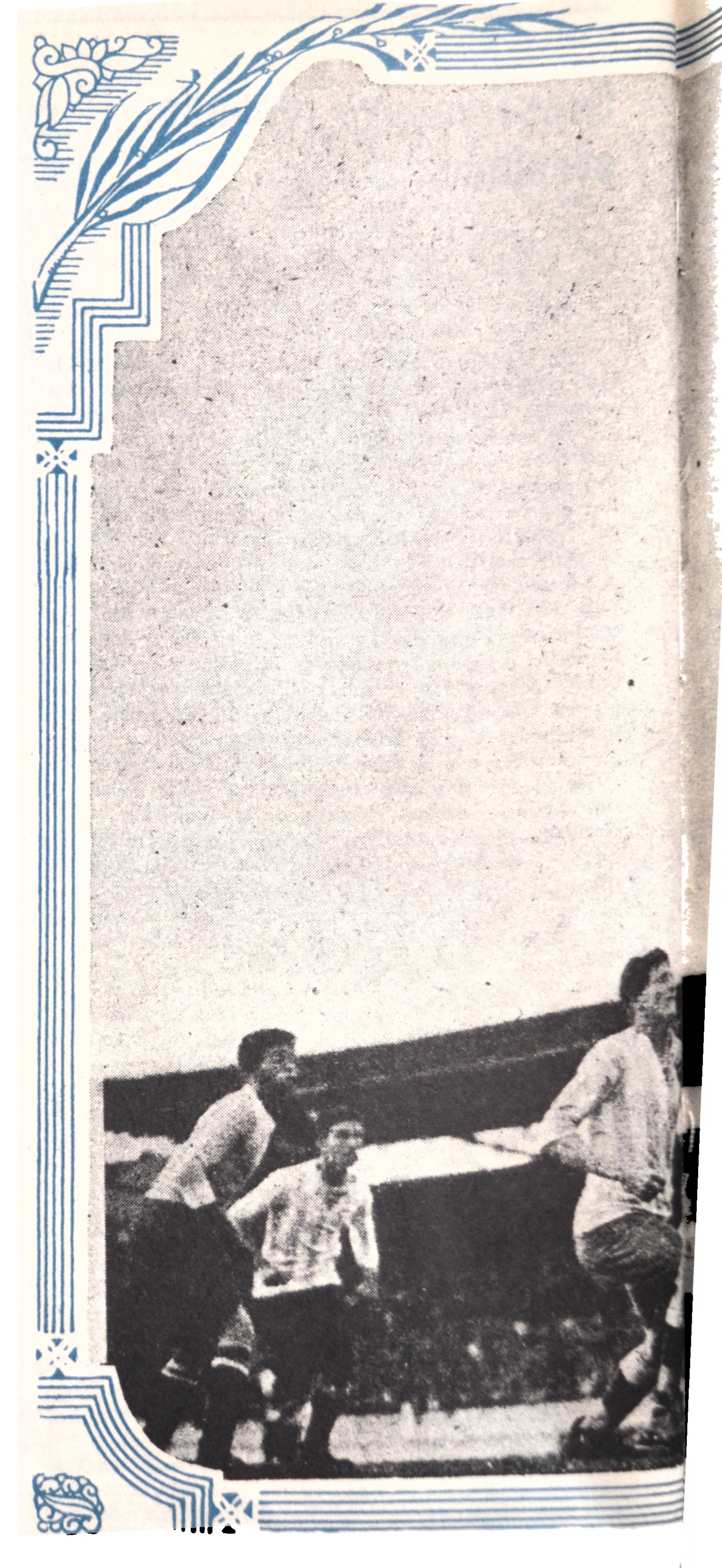
La gran taba de la cancha

Aunque difieren en la fecha en que el gaucho desapareció del escenario histórico (fines o comienzos de siglo) tanto Daniel Vidart como Alberto Zum Felde concuerdan básicamente al identificar sus caracteres y definir el legado con que fecundó al ser racional.

El gaucho, que constituyó el fondo de la nacionalidad durante el siglo pasado, al desaparecer bajo el peso de la máquina gubernamental basada en el cambio de la realidad económica, no se iría sin transmitir el sello de su tipo a la masa nacional. Inseparable de las condiciones en que se formó, Latorre con su centralización, Santos con el auge militarista, Herrera montando el largo brazo del gobierno civil, más alambrados, ferrocarriles y telégrafos como tentáculos de la ciudad, escribieron su epitafio. El coraje sería su gran legado histórico. "El gaucho no se concibe sino ecuestre y en ejercicios de destreza y peligro; la agricultura, el comercio, los oficios, suprimen el caballo, el peligro y la destreza. Tipo esencialmente estético, el canto, el juego, la doma, la yerra, el rapto, la carrera, la pelea, son sus actividades. Donde no se puede lucir el valor o la destreza, donde no se admira la gallardía, el gesto, la audacia, la temeridad, la nobleza, el gaucho no encuentra interés... La influencia gaucha en el tipo criollo es evidente. Lo que caracteriza al tipo nacional, en medio y a pesar de las transformaciones sociales y del cosmopolitismo subsiguiente, es lo que tiene de gaucho. El despego al trabajo pesado, la falta de espíritu mercantil, el culto del coraje, las tendencias intelectuales primando sobre las industriales, la imprevisión económica, el amor al juego y la política, son las cualidades más típicamente nacionales", escribe Zum Felde. "El culto del coraje —cualidad esencialmente gaucha— es, a la vez, la virtud y el vicio nacional por excelencia. Este culto tiende, de suyo, hacia una degeneración viciosa: la compadrada. La frase reticente, la broma pesada, el mirar de soslayo, es frecuente en la calle y corriente en el arrabal", agrega. Sería difícil hallar una actividad distinta al fútbol donde encajaran más exactamente todas esas características. Parece que Zum Felde estuviera "hablando de fútbol" y describiendo al tipo de futbolista que por generaciones fue patrimonio del país. En la misma etapa histórica en que desaparece, el fútbol recoge su fresca herencia porque constituye la más perfecta forma de exteriorización.

Ese secreto fermento gaucho hallaría en las canchas la actividad ideal donde revivir la gran parada de taba que fue su vida, el sitio donde exhibir la gesta de su entereza espiritual. Sería allí donde ese espíritu habría de exteriorizarse y revivir.

Es natural que haya sido así. El fútbol es una actividad intrínsecamente de lucha física, de fiera oposición. Nunca se sabe donde termina la importancia del *jugador* y comienza la del *hombre*. Por décadas el futbolista del país sería el orgulloso portador del más puro rasgo nacional luciendo sin ataduras mentales, el valor y la destreza,



Nasazzi y



vigilantes y felinos en tierra; Mazzali ingrávido en el aire. Final en Amsterdam con los argentinos, 1928.

midiendo su gallardía, exhibiendo el gesto audaz, la temeridad y la nobleza. En la intemperie social en que fermentó el fútbol, expuesto a todos los vientos, sujeto a todas las influencias, ninguna influyó más que este rasgo.

Hay dos razones esenciales entonces para que el fútbol fuera el deporte nacional. Una cronológica: la llegada del inglés detrás de empréstitos, ferrocarriles, telégrafos, frigoríficos, compañías de seguro y transporte marítimo, con su deporte a cuestas. La otra, que el fútbol donde luchan cuerpo a cuerpo once hombres, es una batalla caliente, llena de acechanzas, plagadas de ardides, ahíta de trampas y zancadillas. Para todas sus posibilidades el hombre medio de extramuros tenía un escudo, porque *"el gaucho, que creía en el coraje por sobre todas las cosas, cuando fallaba el zarpazo del león recurría a la picardía del zorro"*, como dice Daniel Vidart. La "picardía criolla" fue el sustituto a que echó mano el futbolista allí donde la batalla frontal imponía exigencias mayores a sus fuerzas, en la gran taba de la cancha. Hay toda una historia. Esa "picardía" es hija de la necesidad. En el fondo había un "viejo Vizcacha" en cada futbolista nuestro.

Pero lo que se llamó "garra" sufrió lo que Zum Felde llama la degeneración viciosa del culto al coraje: la compadrada. Las generaciones de futbolistas han transitado insensiblemente —consecuencias del trastocamiento social— de aquel culto al arbitrio de la compadrada, a la guaranguería disfrazada con el antiguo y respetado manto de la "garra". Rastreando, es posible establecer en Maracaná, en 1950, y a sus resabios de cuatro años más tarde —naturalmente con la obligada laxitud de estas fronteras y las excepciones admitidas— el fin de los feligreses del coraje y su sustitución más o menos acelerada, más o menos uniforme, por la patada alevosa, el insulto soez: el culto del "machismo".

Por oposición a aquella condición básica del futbolista nativo, su mundo reserva sus peores adjetivos para el "maula". Jugadores de buena técnica, en todas las épocas, han sido descalificados por una falta de entereza que no se perdona. Lo primero que se averigua de algún desconocido con aspiraciones a un puesto es sobre esa condición. Después viene el resto del cuestionario. El aficionado del país también se ha formado en esa escuela y tiene su propia escala de valores. Entre los planteles de cada club circulan los nombres de los réprobos que expiarán su condición en cada partido.

En otro aspecto, también la gran generación de Maracaná que sucumbió en Suiza cuatro años más tarde, marcó el crepúsculo de toda una forma de vivir. Coincidió con el definitivo desquilibrio que sobrevino después de la gue-



Matías González, Máspoli, Obdulio y el "Mono" Gambetta en el último segundo del último mundial uruguayo: Maracaná 1950.

rra de Corea. Ciertamente el futbolista —como el gaucho— no tuvo las virtudes de la hormiga: sin duda fue una cigarra. Careció del instinto del ahorro y la previsión, vivió al día, gastó lo que tenía y lo que no tenía, desprendido como un aristócrata, careció del espíritu mercantil, tuvo desapego al trabajo pesado. Apenas una década después, —con la misma celeridad de derrumbe del país— vivirá preocupado por el "status", la vestimenta, el auto, las relaciones, la casa y el barrio de esa casa. Ese cambio aproxima al fútbol a una encrucijada que no nos resistimos a plantear. Los soberbios representantes del arrojo, los vocacionales del riesgo físico, aquellas cigarras que en cada partido jugaban su suerte, la suerte de sus extremidades cuando menos, no hicieron de sus vidas con excepciones menores que los dedos de una mano, un modelo en el sentido burgués. Hoy hay previsión. Hay ahorro. No se vive en general "al día". Inversión es la palabra de orden en el vestuario de todas las canchas. Pero el fútbol sufre el desequilibrio en uno de los términos de la ecuación que le brindó grandeza: el fervor actual, el arrojo actual, es el fervor y el arrojo del interés, no del juego en sí, que ha dejado de ser un fin: es un medio. Un medio de enriquecimiento o por lo menos de la expectativa de enriquecimiento. ¿Conseguirá este tarifado fervor de financistas, mantener la atracción que hoy ejerce como deporte-rey?



Lorenzo Fernández, cultor de la "garra".

La "garra celeste"

Tampoco Buenos Aires fue el fruto de un proceso de crecimiento de la sociedad agropecuaria argentina. Por su misma alineación europeizante recibió también la amenaza de convertirse en estatua de sal si miraba a sus espaldas, las infinitas praderas de pasto. El fútbol allí fue igualmente acunado por esa masa amorfa y doliente de desplazados de dos continentes. Como el tango aquí y allá, fue la orgullosa muestra de su revancha. Emparentados en su nacimiento pero distintos en contenido psicológico, uruguayos y argentinos alcanzarían vertiginosamente la cúspide continental. Pronto los vecinos del Plata tiñeron de rojo sus aguas y el resultado de sus enfrentamientos constituye el barómetro más sensible, la mejor de las escalas para medir su respectivo valor. Desde 1916 a 1929, celestes y albicelestes se enfrentaron en once partidos por torneos sudamericanos, por años la máxima fiesta del fútbol continental. Uruguay ganó cinco, empató tres y perdió apenas tres, de acuerdo a este detalle: 1916, 0-0; 1917, 1-0; 1919, 3-2; 1921, 0-1, 1922, 1-0; 1923, 2-0; 1924, 0-0; 1926, 2-0; 1927, 2-3; y 1929, 0-2. Se observa que dos de los tres partidos perdidos se ubican en los últimos años del período considerado: en Lima en 1927 y en Buenos Aires dos años después, es decir, uno antes y uno más tarde de los Juegos Olímpicos de Amsterdam, donde disputarían la final con un empate a uno en el primer partido, y un triunfo uruguayo por dos a uno en el desempate jugado tres días después.

La terca lección de los hechos es que sobre los años treinta la superioridad del fútbol uruguayo estaba amenazada. Insobornables, insensibles a consignas "patrióticas" los resultados anunciaban el advenimiento de nuevas épocas. Fue por entonces que se echó mano a un talismán: bastaba ponerse la camiseta celeste, para que bañados de mágicos poderes, los futbolistas uruguayos convocaran a los dioses en su ayuda a través de "la garra".

No se hallan antes tales convocatorias sobrenaturales. Hasta esa época, hasta que corrió peligro su hegemonía el fútbol oriental paseó invicto el rico alarde de sus creadores, indiferente a otra cosa que no fuera ese grito rebelde de extramuros llevado de victoria en victoria a todos los santuarios del mundo deportivo. Coincide con el sacudimiento de la economía nacional vulnerada por el "lunes negro" del 29 y su secuela del golpe policial del 33. Se quiebran las "instituciones" y tambalea la superioridad de la expresión popular más representativa.

¿Un "racismo" Uruguayo?

Atribuir el éxito o la esperanza del éxito a otra cosa que no sea la posesión de "la garra celeste" —como se oye todos los días, a toda hora, por todos los medios de comunicación— es un concepto en el fondo racista. Los uruguayos hemos desempolvado viejos manuscritos del siglo XVIII y sostenemos —a través del fútbol— que las diferencias entre los grupos humanos se explican por la herencia y son tan inmutables como el tiempo. Así los argentinos son hereditariamente "maulas" y lo serán de por vida; así los uruguayos somos hereditariamente detentores de "la garra" y así será mientras la tierra gire. De esa manera quién en el Uruguay se dedique a jugar al fútbol recibe con "la celeste" su ambrosía. La salud moral del país, la conservación de sus características y unidad espiritual está asegurada en lo que se refiere al fútbol sencillamente vistiendo la "celeste".

Circunscribir la posesión de tal virtud a quién nazca de este lado del río Uruguay, más acá del Cuareim y al occidente del arroyo Chuy, sería tema para un cuento infantil. Es además un peligroso prejuicio porque significa que portando el talismán, no se juega en virtud de méritos o deméritos técnicos o tácticos, sino con el fetiche. Todo es cuestión de amuletos.

Las razones de una superioridad sin parangón son las que vimos a través de aquel producto social y humano tan particular. Cuando se modificaron las coordenadas sociales también se modificó el futbolista. Claro que para admitir esto hay que aceptar que no constituye un "clavel del aire" sino que es el resultado de la intemperie social. Para el confusionismo corriente "la celeste" es el nirvana budista: con ella a cuestas como esencia divina, la bienaventuranza está asegurada.

Es interesante conocer la opinión de tres impares representantes del gran fútbol nacional —Lorenzo Fernández, Obdulio Varela y Schubert Gambetta— respecto al "padrinazgo" espiritual sobre los argentinos. Los tres concuerdan en que todo fue una cuestión de dinero. Ellos, los argentinos, ingresaron mucho antes que nosotros a desequilibrar la ecuación juego-interés en favor de éste último término. Un proceso que nosotros hemos comenzado a andar hace apenas un lustro. De ahí, a la reticencia para exponer el físico por una pelota más o menos, hubo un paso



Pasaron 20 años para repetir este saludo: Montevideo, Primer Campeonato Mundial. 1930.

fácil. Pero los tres —gladiadores ilustres de célebres partidos con los argentinos en las décadas del veinte, treinta, cuarenta y cincuenta, y por tanto profundos conocedores de la psicología del jugador— afirman que fue una actitud medida en la escala de los pesos que se perderían por una lesión. Lorenzo Fernández nos contó —para ilustrar su afirmación— que una mañana fue al puerto a esperar a una delegación argentina, en 1926, y le extrañó que no viniera Roberto Cherro, célebre jugador de Boca Juniors. *"Me dijeron: ¡qué va a venir si está ganando mucha plata! ¡A ver si se rompe una pierna acá!"*

La diferencia entre uno y otro profesionalismo aún existe, aunque después de los éxitos intercontinentales de esta década, Peñarol ha debido elevar sus remuneraciones a un nivel competitivo a escala internacional. Nacional ha respondido como hermano siamés, de acuerdo con la dialéctica de nuestro sistema profesional. Pero aún así, en la guerra verbal que se desata en la cancha cada vez que juegan equipos uruguayos y argentinos, éstos recuerdan irónicamente a los nuestros que "ganan chauchas", mientras van detallando a lo largo de los noventas minutos las ventajas del profesional del otro lado. De todas maneras ese acercamiento en la desfiguración de la ecuación inicial, acerca sensiblemente —y este se irá acentuando en los próximos años a pesar de "la garra"— al jugador nuestro con el jugador argentino justamente en lo que tenían de diferente.



Obdulio Varela: "Lo psicológico en el 80 % del fútbol". Resultado: Maracaná.

El estilo batllista

En treinta años ese hombre medio sufrió transformaciones. Dijimos que el fútbol, sangre caliente de la entraña popular, clamoroso manifiesto de los marginados, expresa sin tapujos, sin postizos, su más íntima sensibilidad. Se fueron los años, cambiaron las épocas, mudaron las circunstancias con una celeridad desconocida hasta entonces, se modificó aquel hombre y arrastró consigo la transformación de sus manifestaciones, las expresiones de su quehacer. El fútbol uruguayo en la década del treinta no podía ser el mismo sencillamente porque tampoco el hombre uruguayo era el mismo: no es casual —en esta materia nada lo es— que la declinación y el recurso mitológico aparezcan justamente cuando el país de las instituciones perfectas, ve rodar por el suelo un andamiaje jurídico en el que, pensó, estaba la raíz de toda la buenaventura nacional.

Con un curioso paralelismo, el ascenso de Batlle expresando el sentir de aquellos mismos desheredados creadores de un deporte singular, y el término de su tránsito por el mundo coinciden con el comienzo, el auge y el principio de la declinación del fútbol del país. Como si perdido su principal intérprete, la masa desconcertada hubiera engendrado sus exteriorizaciones con la secreta angustia de su futuro. En ese volverse a la premisa irracional para sostener lo que ya no era, en ese acto de fe hacia un símbolo colectivo y hondamente popular como "la celeste", estaba también el íntimo deseo del rescate del país que fue. Sólo que si ese incentivo funcionaba —y llegó a funcionar muy bien— en la lucha de la cancha, no servía como tabla de salvación para ninguna otra cosa.

A los falaces axiomas que siguieron a la debacle económica y a la política, se incorporó la "garra celeste". Al hacerlo nuestro fútbol pagaba carísimo tributo a su incomparable pasado. Como el país todo. Tuvo que refugiarse a la sombra larga de los viejos olivos para seguir soñando con coronas. Al revés de otros medios el pasado tenía entre nosotros la fuerza de una edad de oro real. También en el fútbol nos extasiamos con lo que fuimos. No estábamos libres para olvidar, para hallar la forma de mirar el futuro, para acomodarnos a la nueva realidad sin prejuicios ni en el fútbol ni en nada. Ambas cosas entraron en la edad de los mitos. La jefatura espiritual de América del Sur que nos asignaron y recogimos confiados en su eternidad tenía bases endebles. En la edad de oro no sacudimos la coyunda imperial y no nos protegimos de la dependencia de factores externos que no controlábamos. Cuando la "pax britannica" a la sombra de cuya estabilidad apostamos la nuestra, saltó en pedazos, nos arrastró en su caída. Terminaba un país, había que



1935, Santa Beatriz (Lima. Perú). El auge del mito celeste con camiseta roja.

ayudar a alumbrar otro: preferimos velar el cadáver. Toda esta actitud medrosa —que vale tanto para el país como para el fútbol— es el "estilo batllista" del que se impregnó todo después de tantos años de influencia. La "garra celeste" es ese esquema espiritual batllista aplicado al fútbol. Menos que nadie podía escapar a su influjo, porque fue la creación lúdica de la masa que también fermentó al batllismo. *"El estilo batllista es la filosofía de la facilidad"*, señala Ricardo Martínez Ces. Y agrega que se nutre *"de providencialismo, humanismo, justicia y felicidad y como consecuencia de todo eso, la inexistencia de una problemática profunda"*. También el fútbol criollo confió en un orden natural que le concedía la gracia de su primacía. También terminó asimilando esa "filosofía de la facilidad" que aún campea. Esa filosofía de la comodidad nos borró el aleccionante camino de los "por qué". Jamás nos interrogamos seriamente sobre las razones del auge y la caída.

1935. Se consolida el mito

Después del Campeonato Mundial de 1930 nuestras relaciones diplomáticas con Argentina estuvieron muy cerca de la ruptura, tal como sucedió a nivel de los organismos mayores del fútbol de cada lado. El cuatro a dos sonaba enfrente como una afrenta: se reprochaban —hasta hoy se hace— los procedimientos empleados. Como consecuencia, durante cinco años no se disputaron torneos sudamericanos. En 1935, Lima celebraba los cuatrocientos años de la fundación y a la convocatoria respondieron los países del Plata: sería la primera vez que se enfrentaban desde el 30, y para hacerlo decidieron cambiar el color de las camisetas. La celeste de la "afrenta" quedó en un baúl. Viajó una roja

con una compañía nueva que empezaba a mostrar como crecían sus dientes: el mito de "la garra" en pleno desarrollo. Fue su bautismo oficial después que en campeonatos similares habíamos perdido con Argentina en los dos últimos. La presencia de José Nassazi, Lorenzo Fernández y Héctor Castro, cerca del fin de sus carreras, se agitó como símbolo de la presencia de la antigua generación invencible. Con la base de esa guardia de hierro, Uruguay venció a Argentina —contra todos los pronósticos— por tres a cero y allí mismo el mito recibió la hostia y el agua bautismal. Si había algún descreído ahí estaban los hechos. En adelante los jugadores tomarían entre el índice y el pulgar su camiseta para mostrarla a los adversarios y público hostil: era "la celeste", aunque tuviera color rojo, y eso bastaba.

La fresca historia de Maracaná revivió un proceso similar. Sólo que tampoco era la camiseta, sino la sangre criolla vertida generosa, el resabio gauchesco apareciendo a ramalazos y ordenando cumplir su mandato supremo: el culto al coraje.

Desde los círculos dirigentes se insistió en atribuir todo a "la garra celeste". Era más fácil que ponerse a pensar. Naturalmente que si había algún descreído ahí estaban los resultados: nosotros los uruguayos no teníamos ninguna necesidad de perfeccionar nada. Podíamos despreciar todo lo que fuera trabajo, planificación, esfuerzo, paciencia, metas claras trazadas para llegar a objetivos precisos. Un diario chileno al otro día del partido frente a Brasil dio más dimensión todavía a la ciega confianza en nuestro destino superior: tituló a ocho columnas "Nacieron para campeones". ¿No era cierto acaso? El convencimiento colectivo alimentó las hogueras de nuestro orgullo, adormeció todo afán de superación, eliminó de cuajo todo intento de analizarnos, de buscar razones, de encontrar ese camino a la tierra de los "porqué".

Lo positivo del mito

Como toda cosa, entraña conjuntamente aspectos positivos y negativos: el mito de la "garra celeste" aún usado como se usó, tiene dos aristas positivas. Una en cuanto al juego en sí. La otra en cuanto al optimismo que se entiende que genera. Aún irracional, optimismo al fin.

Ha obrado en algunas ocasiones aún en jugadores de hoy sujetos a la influencia de la nueva problemática social, como verdadera inyección de energías. De su invocación, se asegura, han partido las llamaradas que suelen acompañar a los uruguayos en las canchas. Todos los entrenadores lo afirman. No hay mejor acicate previo a los partidos, en la soledad de los vestuarios, lejos de la mirada del público, que invocar esa protección.

Sin embargo nos parece bastante corto su alcance. Más que ese factor, innegable aunque de mucho menos proporción que la que suele adjudicársele, desde que los actuales futbolistas dudan o niegan directamente que el talisman resuelva partidos que se le hacen cada día más difíciles, lo que obra maravillas mentales es el considerarse depositarios de la más rica tradición futbolística. Enfundarse la camiseta internacional del país es codearse por anticipado con la gloria, caminar por el patio de los inmortales, desde que todos ellos proceden de la misma curtida intemperie social de aquellos adelantados. Y entre los humildes de todas las épocas hay algo que no se olvida: el triunfo de alguien "como ellos". En el tipo de lucha que es el fútbol, donde los cuerpos se buscan, se esquivan, chocan, saltan, corren, ruedan por el suelo, nadie ignora la importancia de una actitud mental "ganadora". Un especialista en guerra psicológica, como Obdulio Varela, maestro en el arte de manejar a propios y extraños al conjuro de su personalidad, nos decía que *"lo psicológico es el 80 % del fútbol"*.

El otro aspecto es la religión de optimismo que engendró en la masa aficionada, asentada en aquella "filosofía de la facilidad" y la necesidad de creer. Allí la "garra celeste" expresó un anhelo de supervivencia, un esfuerzo ciego y torpe por cerrar el paso a la declinación de la manifestación popular más auténtica. Se había perdido un país, quedaba el fútbol. Como toda creencia reposa en pilares que están más allá de la razón. Se cree y basta. No se necesitan razones. Inoculado con ese acto de fe llegó muchas veces a la cancha y aún suele hacerlo, aunque resultados porfiadamente adversos le hacen ahora meditar, sentado en las tribunas del que fuera invencible reducto del Estadio Centenario.

Del altar de esa confianza irracional nace la desproporcionada dimensión de los clubes mayores. Peñarol y Nacional nada tienen que ver con la realidad que les rodea. Son paraísos bautizados por esa fe. El hombre de nuestro país no admite la derrota de su club. Es el bastión que no permite que sea tocado. Sostener económicamente esas dos organizaciones gigantescas y competir de igual a igual con todos los países de la tierra forma parte de su razón de vivir. Y de su escaso orgullo como integrante de una sociedad que sabe en crisis. Ahí, en el fútbol de los grandes clubes, es en la única manifestación donde no tolera comparaciones desventajosas. Si su cuadro pierde con el campeón de la Unión Soviética donde treinta millones de jóvenes se dedican al fútbol, nada evitaría que vocifere, pida explicaciones, participe de asambleas, forme comités para la próxima lucha electoral, reclame la expulsión de un entrenador, de toda la Comisión Directiva o del plantel entero por "inservibles pataduras". En los demás terrenos del saber, el conocimiento o la destreza humana ni siquiera entra a discutir. Sabe que el hombre de otro sitio creó el arma de fuego, la brújula, descubrió que el mundo era redondo, inventó la cruz, el regimen social en que vive pisará la luna. Para todo hallará una explicación: son países más ricos, más desarrollados, más industrializados, más antiguos, más poblados, mejor organizados. Lo que jamás admitirá será que de esas civilizaciones surjan mejores futbolistas. Aunque los once adversarios sean descremados entre decenas de millones de candidatos como sucede. Somos un "paisito" en todo. Menos en la manifestación deportiva más difundida en el mundo. Allí está arrinconado todo el orgullo de la antigua Arcadia sudamericana, basado hoy en gran proporción en la irracionalidad del mito de "la garra celeste". Pero con el mérito del desafío que entraña, cuando el resto de la sociedad sólo se atreve a adoptar reverente la producción *standard* que llega de lejanos centros, dejando para otros la tarea de pensar y crear.



La Celeste otra vez en el largo camino (Santiago de Chile, 1969).

La irresponsabilidad halla una excusa

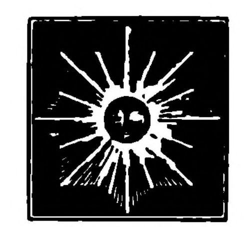
La filosofía de la facilidad que simboliza "la garra celeste" ha sido el impagable aliado del sector dirigente del fútbol. Aferrado a frases hechas, habituado a ergotizar, tomando el fútbol como una tribuna para su vanidad, constituye un presente de los dioses para ahorrarle todo esfuerzo y evitarle dolores de cabeza, haga lo que haga, pase lo que pase. A lo sumo hablará compungido de un decaimiento momentáneo pero tendrá pronta la frase optimista para la próxima vez, sin más argumento que confiar en "la garra". Con calma, seguros de sí, pueden recurrir a la historia —y las menciones del 24 al 50 son infaltables— para desechar todo intento de analizar *seriamente* una estructura futbolística que hace agua por los cuatro costados. Demasiado preocupados por las luchas internas entre los clubes, por el porcentaje de la televisación directa o de aquel partido, ya se encargará "la garra" de salvar responsabilidades, si es que alguien las pide en un país de memoria tan falible.

El proceso de preparación del equipo seleccionado es todo un ejemplo. Al pie de la escalerilla, los dirigentes se confundirán en emocionada evocación "de aquellos hombres de Colombes, de Amsterdam, de Montevideo, de Maracaná", que parecerán proezas fácilmente alcanzable apenas se recurra a la "garra".

Desde este ángulo "la garra celeste" es una droga que ha anestesiado toda evolución. Cada uno a defender su parcela que ya se encargará ella de lavar las culpas de todos. Metamos dentro del saco grande y sin fondo de "la celeste" la imprevisión, la anarquía, el desorden, la improvisación, los privilegios, las crisis económicas y financieras endémicas. Como una alfombra fantástica, se encargará de transportar los laureles a través de las edades.

La sábana de "la garra" oculta todo el resquebrajamiento que soporta el fútbol profesional del país. La asistencia de menores es muy baja y ahí se juega el futuro. La mujer está marginada de las canchas aunque en teoría pueda ser una concurrente: está bastante cerca de lo que ocurre, identifica por las fotografías a Spencer, Cubilla, Gonçalves y Emilio Alvarez, y estuvo en la calle celebrando victorias. Se desprecia un mercado que sólo en Montevideo es de 630.000 personas, un 25 % de las cuales económicamente independientes. Menores y mujeres son los "enemigos" que en cada casa tiene el fútbol, enemigos artificiales creados por una estructura que tradicionalmente los marginó. La enorme y creciente masa de jubilados abandona la concurrencia por insalvables problemas económicos y en la otra punta de la escalera no ingresan los jóvenes. Así la concurrencia al Torneo Uruguayo —base de las competencias oficiales— se mantiene en el índice de los años 40, no obstante que Montevideo crece a un ritmo más rápido que el país con una tasa de 25 000 anual. Para mantener la relación entradas-población de aquellos años, tendrían que venderse en ese torneo 300.000 entradas más que hoy.

La experiencia del estadio propio por parte de los clubes llamados "chicos" es sólo una incierta apuesta al futuro: el del Club Cerro mantiene los niveles de su antigua cancha del Parque Santa Rosa, y Danubio ha terminado por negociar su traslado al Estadio Centenario —convencido de la ineficacia de su estadio— cada vez que enfrenta a Nacional y Peñarol como local.



El manido planteo de la coronación de un tercer grande es sólo otra postura optimista e irracional: el promedio anual de la venta de entradas de *cada club menor* es más o menos igual al promedio de un *partido* por la Copa Libertadores de América.

Toda la situación está en manos de las enormes parcialidades de estos clubes. No interesa —paradojalmente— como lo demuestran las cifras, que algún club "chico" salga segundo en el Torneo Uruguayo o, como en el caso de Cerro en 1960, iguale el primer puesto: la venta de entradas dependerá siempre del incentivo que representen, para la afluencia de los parciales, Nacional y Peñarol.

La vida de las otras instituciones está apostada a un domingo de sol cuando juega en el Estadio Centenario, como locatario y al auge del grande de turno: de cada $ 100 que recauda al fin de la temporada, 66 pesos corresponden a esos dos partidos. Y la situación se agrava. La conclusión es que está trastrocada toda la filosofía deportiva: a los clubes menores *no les conviene* aventajar a los grandes, porque ahuyentan las parcialidades de éstos y sin ellos se paraliza todo. Por la vía de desmejorarse vendiéndole anualmente sus mejores jugadores han hallado un inconfeso o tal vez ignorado medio para fortalecer los barrotes tras los que mueren sin esperanzas.

La similitud tantas veces planteada entre la hegemonía de dos grandes partidos políticos y de dos grandes instituciones futbolísticas, reconoce una diferencia importante en cuanto a la búsqueda de soluciones y la convencida denuncia de la situación: en el fútbol no hay "instituciones de ideas" que necesariamente tendrían que reclutarse entre las menores, las más débiles, las víctimas del sistema.

Las mismas cifras de la venta de entradas procesan además el *boom* de la Copa Libertadores de América en marcha desde 1960: no ha traído un solo espectador más, medida la concurrencia al cabo de la temporada. Ocurrió solamente que los bolsillos que dejaron de sostener el Torneo Competencia —muerto justamente en 1960— sostienen el campeonato continental, obviamente más interesante.

La gran conclusión del análisis de la venta de entradas desde 1945 que hemos publicado en otro lado, es que Montevideo es una plaza que "consume" alrededor de un millón y medio de entradas de enero a diciembre. Eso es así desde hace casi treinta años. No lo ha modificado absolutamente nada. Ni el auge económico ni su bancarrota. Ni el éxito deportivo ni sus cenizas. Ni Maracaná ni Puerto Sajonia. De ahí surge la regla de oro de toda reforma racional que se intente: están condenadas las que sólo atiendan la parte deportiva, desde que nadie puede montar un torneo más atrayente que la Copa Libertadores, que además permitió victorias sensacionales a equipos uruguayos, con extranjeros como base. La modificación que entró en vigencia en la temporada de 1969 —con el Torneo de Copa y un Campeonato Uruguayo de tres ruedas— puede sostenerse que fracasará. La historia, llena de paciencia, espera para dar su opinión.

El camino es, entre otras cosas, controlar económicamente a las instituciones y reducir el extraordinario número de las que practican fútbol "profesional". Pero eso atenta contra la filosofía de la facilidad que tan acabadamente simboliza la "garra celeste".

Sólo quedará la "garra", la "celeste" se muere

Aquel alerta optimista del aficionado fenece cuando se trata de respaldar empresas colectivas como la selección nacional. Aquella militante actitud de vigilancia desaparece cuando debe coincidir con el interés colectivo. Sola, indefensa, pavorosamente aislada, la representación nacional pervive oscuramente.

Desnuda de arreos literarios, la política interna de la Asociación Uruguaya de Fútbol refleja a la perfección la situación de nuestra democracia representativa. Werner Sombart en el "Apogeo del Capitalismo" describe con seguro trazo la fisonomía del Estado Moderno. No "habla de fútbol", más sería difícil hallar una descripción mejor de la dialéctica con que se maneja.

El rasgo esencial que cada uno persigue es su propio interés. El "cada uno para sí" es aceptado, respetado y ejercido a conciencia por los clubes. Eso significa que no se hallan más unidos por deberes o simpatías, sino exclusivamente por *intereses*. Es la raíz de la legitimación del provecho propio. Por eso del mito muere una parte: el de "la celeste". "La garra" cada día se reduce más y más a los clubes, se centra sobre todo en las camisetas de las grandes instituciones. Los periodistas con inquietudes lo lamentan, piden al cielo la vuelta de aquellos tiempos. Antes del partido con la selección inglesa del 8 de junio de 1969, los Miembros Neutrales de la Asociación reunieron a los periodistas para una urgente operación de respiración artificial que diera fuerza al fútbol criollo. Pero la condena es de todo un sistema ..... Está en la lógica de la situación que cada día se camine hacia clubes fuertes y selecciones débiles. Los Torneos Sudamericanos difícilmente vuelvan a jugarse: han sido sustituidos por las competencias de clubes campeones. La situación es tan irreversible como inseparable de la suerte de las formas de convivencia humana. Los dueños del fútbol han terminado por imponer crudamente sus intereses. Es la culminación de la filosofía del "cada uno para sí": el que tire más fuerte se queda con el pedazo mayor. Como en el Estado Moderno. Solo queda en pie, sobreviviente a fogonazos, el valor humano de algunos jugadores excepcionales.

BIBLIOGRAFIA

ZUM FELDE, Alberto. — *Proceso Histórico del Uruguay. El problema de la cultura americana.*
VIDART, Daniel. — *El tango y su mundo. Sociedades marginales de América colonial.*
ODDONE, Juan Antonio. — *La formación del Uruguay moderno.*
BUZZETTI, José Luis y GUTIERREZ CORTINAS, Eduardo. — *Historia del Deporte en el Uruguay.*
RIOS, Carlos. — *Historia de los Campeonatos Sudamericanos de Football.*
MORALES, Franklin. — *Hacia las canchas vacías.* (Gaceta de la Universidad, número 42).
MAGNANE, George. — *Sociología del Deporte.*
FILHO, Mario. — *O negro no futebol brasileiro.*

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

El próximo martes aparece

Enciclopedia No. 43

El Tango

El tango música, danza, canto, clima y manera, aprehendido en todos sus firuletes. Juan José Iturriberry y José Wainer han resuelto una tarea asaz difícil: análisis musical y entorno sociológico, relevamiento de autores, ejecutantes y estilos, mirada objetiva y visión comprometida, ordenados en una rica y jugosa historia del mundo tanguero rioplatense.



Cuaderno No. 43

Cambalache - Antología de letras de tango

Una historia del tango pero desde la entraña del verso rante y amargo que nos legaron Discépolo y Homero Manzi, Cadícamo y Mattos Rodríguez. Una antología para ser gustada y cantada.

Ya están en venta las tapas para que Ud. mismo encuaderne su colección de Enciclopedia Uruguaya. Solicítelas a su proveedor habitual.



Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del papel). Julio 1969.